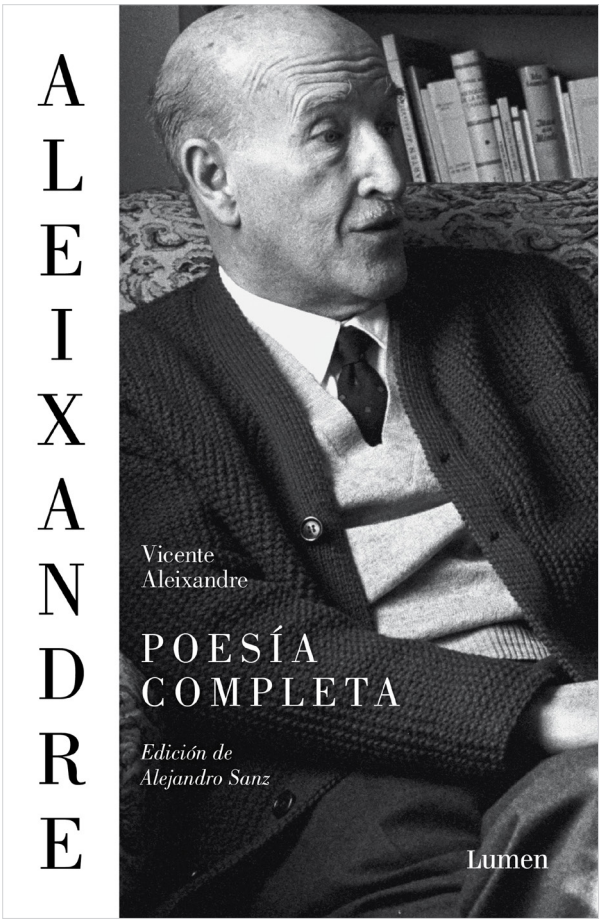
Lumen | Penguin Random House Grupo Editorial

DOSIER DE PRENSA



La poesía completa de uno de los grandes poetas españoles del siglo XX.

«Su verso no se parece a nada». Luis Cernuda

Título: Poesía completa
Autor: Vicente Aleixandre
Edición a cargo: Alejandro Sanz
Páginas: 1536
Precio: 49,,90 €
Publicación: 9 de diciembre de 2017

Síguenos en:
twitter.com/Lumen
www.facebook.com/Lumen
www.lumen.com

LA OBRA

Vicente Aleixandre es, sin duda, uno de los grandes poetas españoles del siglo XX, laureado en 1977 con el Premio Nobel de Literatura. Sus versos son de una intensidad radical que atraviesa todos los modos y maneras de una época, sin dejar nunca de ser fuertemente personal e irreductible. Aleixandre es el poeta del conocimiento, de la contemplación y del amor. Junto a Jorge Guillén y a Luis Cernuda, la suya es la poesía más perdurable y exigente de la generación del 27.

Melca Pérez
Departamento de Prensa
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

SINOPSIS

En una cuidada edición de Alejandro Sanz, llega la poesía completa de Vicente Aleixandre, uno de los más extraordinarios e innovadores poetas en lengua española del siglo XX, y uno de los que más han influido en las generaciones que le sucedieron, desde la del 36 hasta la de los novísimos, no solo por la originalidad y grandeza cosmovisionaria de su obra, sino por su irradiante magisterio. Vicente Aleixandre fue, en esencia, el gran poeta del amor, no del amor ensoñado, sino del intensamente vivido, gozado y padecido. Toda su lírica es, haciendo uso de una expresión suya muy conocida, una *aspiración a la luz,* pero una aspiración, habría que matizar, desde el amor, a la naturaleza y al hombre, en sus dimensiones cósmica y humana, y una exaltación plena de la libertad y la dignidad. Todo lo que cantó es fruto de su más profunda experiencia vital. «A lo único a que no se puede obligar a la poesía es a mentir», afirmaba en uno de sus aforísticos «apuntes para una poética».

Amó con fiebre y necesidad durante toda su vida, y toda su obra lo refleja incuestionablemente, desde su más temprana poesía, ligada a cierta tradición esencialista, pero en la que ya se alumbran tímidamente sus rompedoras e inconfundibles señas de identidad poéticas, *su voz,* personalísima e inconfundible, hasta sus cartas más íntimas y confesionales —que afortunadamente van publicándose con el paso de los años—, donde queda el testimonio sincero y conmovedor de sus anhelos, de su felicidad, de su soledad y de su dolor y la explicación directa o implícita del porqué mismo de su poesía y su forma de sentir y respirar el amor. Por eso, nada más acertado quizá que aplicar a su vida uno de los versos de su poema «El moribundo»: «Amor. Sí, amé. He amado. Amé, amé mucho».

En pocos poetas de la generación del 27 como en Vicente Aleixandre se percibe una evolución tan sólida y ejemplar, tan consecuente y fértil, tan alumbradora. Una generación a la que, en sus palabras, «les unió una exigencia máxima en la visión de la poesía», de la «expresión moderna de la poesía». Su obra, con los años, se renueva y enriquece, avanza y se eleva en un anhelo de conocimiento y comunicación, que le singularizan inconfundiblemente. La poesía para Aleixandre es, en su *verdad comunicada,* «una forma de conocimiento amoroso» y el amor que la nutre «un espíritu vivificador y difuso que penetra y exalta las formas todas de la común vida general, con la que se identifica, y que queda toda ella armoniosamente afectada».

La poesía de Vicente Aleixandre no solo ha cumplido con grandeza un ciclo, el de su propia vida, sino que abre otros en sus lectores. Cuando el 6 de octubre de 1977 se le concedió el Premio Nobel de Literatura, un periodista le preguntó qué significaba para él tal distinción. Y respondió: «Una respuesta. Considero el Premio Nobel como una respuesta. El poeta formula con su obra una pregunta. A veces, no la contesta nadie; a veces, solo un hombre: cada lector puede ser una respuesta al poeta. Pero la poesía es siempre multitudinaria en potencia. Yo he pretendido dirigirme a todos, incluso a los que no me leen. Y este premio es para mí como una gran respuesta colectiva».

FRAGMENTOS DE LA OBRA

BLANCURA

Espina tú, oído blanco.
Mundo, mundo,
inmensidad del cielo, calor, remotas tempestades.
Universo tocado con la yema,
donde una herida abierta
ayer fue abeja, hoy rosa, ayer lo inseparable.
Soy tú rodando entre otros velos,
silencio o claridad, tierra o los astros;
soy tú yo mismo, yo, soy tú, yo mío,
entre vuelo de mundos bajo el frío,
tiritando en lo blanco que no habla,
separado de mí como un cuchillo
que separa dos rosas cuando nieva.

Melca Pérez
Departamento de Prensa
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

LA ESTAMPA ANTIGUA

Vagamente cansado el día insiste.
La misma flor, la misma fuente,
la misma, la misma sombra del cerezo.
¿Qué preguntas? El mar tan lejos gesticula
inútilmente. Sus espumas ruedan,
ansia de amor proclaman sin sonido,
lejos, lejos, lejísimos, sin bulto,
vago telón de sedas amarillas.

LA CERTEZA

No quiero engañarme.

A tu lado, cerrando mis ojos, puedo pensar otras cosas.

Ver la vida; ese cielo... La tierra; aquel hombre...

Y entonces mover esta mano,

y tentar, tentar otra cosa.

Y salir al umbral, y mirar. Mirar, ver, oler, penetrar, comulgar, escuchar.

Ser, ser, estarme.

Pero aquí, amor, quieta estancia silenciosa, olor detenido;

aquí, por fin, realidad que año tras año he buscado.

Tú, rumor de presente quietísimo, que musicalmente me llena.

Resonado me hallo. ¿Cómo dejarte?

¿Cómo abandonarte, quietud de mi vida que engolfada se abre,

se recrea, espejea, se vive? Cielo, cielo en su hondura.

Por eso tú, aquí con tu nombre, con tu pelo gracioso, con tus ojos

tranquilos,

con tu fina forma de viento,

con tu golpe de estar, con tu súbita realidad realizada en mi hora.

Aquí, acariciada, tentada, reída, escuchada,

misteriosamente aspirada.

Aquí en la noche: en el día; en el minuto: en el siglo.

Jugando un instante con tu cabello de oro,

o tentando con mis dedos la piel delicada,

la del labio, la que levísima vive.

Así, marchando por la ciudad: «¡Ten cuidado: ese coche!...».

O saliendo a los campos: «No es la alondra: es un mirlo...».

Penetrando en una habitación, agolpada de sombras, hombres, vestidos.

Riéndonos gozosamente entre rostros borrados.

Encendiendo una luz mientras tu carcajada se escucha,

tu retiñir cristalino.

O saliendo a la noche: «Mira: estrellas». O: «¿qué brilla?».

«Sí; caminemos».

Todo en su hora, diario, misterioso, creído.

Como una luz, como un silencio, como un fervor

que apenas se mueve. Como un estar donde llegas.

Por eso... Por eso callo cuando te acaricio,

cuando te compruebo y no sueño.

Cuando me sonrío con los dientes más blancos, más limpios, que besas.

Tú, mi inocencia,

mi dicha apurada,

mi dicha no consumida.

Por eso no cierro los ojos.

Y si los cierro es dormido,

dormido a tu lado, tendido, sonreído, escuchado, más besado, en tu sueño.

MUNDO POÉTICO

Poeta eres y nada de la poesía te es ajeno. Ni siquiera su negación más antipoética. Frente a los anochecidos como frente a los amaneceres has ido anotando todas las sumas, y te saltaban los números súbitamente hasta componer la cantidad justa, comprobable frente al horizonte —horizonte, frente tuya— en una prueba decidida en el sueño. Las matemáticas son una ciencia divagatoria. Exactamente. De ahí su justeza, porque divagando —concurriendo— no les sobra ni un número. ¡Que tu verso sea *numeroso*! Así se decía. Y se dice. Pero —entendido—: ojo a la suma: que sea verdad —la que importa, la irrealísima, la de

Melca Pérez
Departamento de Prensa
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

los números—. Poeta, no mientas. Es decir, miente tanto con tu mentira que a todos nos engañes *superiormente.* Te lo dirán algunos —nunca falta un castizo y su flor decisiva—: ¡Ha estado usté superior! Y será verdad: más alto, más; eso, *superior.* En ese mundo terco y mendaz al que tú nos rescatas mediante nuestro brinco en tu trampolín radiante. Para encajarnos diestramente en tu esfera cumplida, en tu diafanidad de hielo, en tu lumbre que no quema, bajo tu luz perfecta. Tu mundo es geometría, poeta. Es una forma transparente, de aristas vivísimas, y su pista magnífica permite todas las figuras, todos los patines, todos los deslizamientos en tangente más elegantes. Para su resultado justo. Todas las flores de tu jardín queman, de frías que están. Y su rojo álgido, eximido, si junto al pecho, corta como un cuchillo —nunca como un ascua—, tallo hasta el corazón, plantado. Porque su rojo o su azul es de filos, y tu rosa está hecha de pétalos aspados, girantes, derramantes de su aroma destrísimo.

Tu flor no envenena ni adormece. ¡Qué alerta estoy oliéndola! Me sube hasta la frente, penetrante, e inunda de claridad todo su espacio, lo registra hasta sus últimas iluminadas zonas. Es una embriaguez de serenidad, de conciencia, de intuida visión, de estado. Caminar por tu mundo no es trabajo, es placer inteligente. La luz quizá no sale del fondo. Es posible que no. Parece como que todas las cosas tienen su luz en ellas y ellas se dan su aura y su poniente. Su noche. De día ellas nacen. No nace el día. Nacen las cosas. Una asunción de formas nos dice que se ha hecho el día. La calidad de su materia es siempre comprobable. Hay una dureza en su constancia que las hace evidentes, heridoras. No pueden nunca decaer. Toda enfermedad está proscrita. La noche surge, no en ceniza, no del cielo. La noche no cae, se hace. Como si maduradas por el día alumbrasen su negro bruñido, de acero, fulgen las calidades casi azules de las superficies bajo la inmensa bóveda cerrada, que guarda apasionadamente fría, contra su seno cóncavo, todas las titilaciones vivas, justas, silenciosas de la noche creada. La noche y el día trazan su órbita en tu mundo sin dolorosos tránsitos, siempre dominando. Y en tu mundo el dolor está tan retenido que se diría que no existe. Por lo menos no mancha. El dolor está, puede estar —¿por qué no?—, pero solo en cuanto es ya belleza. Tu quietud no es pereza —es pureza—. Quizá es freno. Quizá tú, poeta, por tu mundo cabalgas, sobre tu potro joven, embridado, y despacio. Porque quieres, porque puedes. Te sientes jinete de un fogosísimo caballo, y lo sabes dominado bajo la ligera presión de tus piernas seguras. Lo sientes bracear con lujo, con pausa, y paseas despacio, sobrado de fuerzas — bien abiertos los ojos, leve y firme la mano—, disfrutando del paisaje intuitivo.

¡Qué gozo, qué alegría este trabajo!

Punto a punto, elemento a elemento, verificas su realidad. Un bosque de irrealidad se abre ante tus ojos y entre su ordenada fronda nunca te pierdes, enhebrado en sus números, con ciencia e imán, para escuchar la irrebatida música que te dictan las copas. ¿En tu bosque no hay pájaros? Hay gargantas. Músicas de cristal o fuego, o de ramas y luces, surten en una coincidente armonía, totalidad sinfónica. Sin estruendo. Delgadamente a veces. Afiladamente. A veces con redondez, con verdadera rotundidad, ambición casi estelar en que ya más que música se escucha el signo altísimo, ligado, que lo hace todo solidario. Entonces tú, poeta, ya no eres tú, no eres nada. Es decir, lo eres todo. Quizá tú ya no estás en ti, sino en *lo demás.* Naturaleza tú mismo. O quizá la estás tú creando en tu interior y por eso existe. Es unidad contigo. Poeta, creador, ¿existes tú o existe ella? ¿Cuál es ya la verdad, cuál la mentira? Nosotros que hemos dado este brinco voleado porque tú lo has querido, ya no lo sabemos. Hemos surtido a tu mundo —¿a cuál?— y no podemos ver sino lo que vemos. Estos ojos son tuyos. Estas voces son tuyas. Las mismas lenguas nuestras que se alzan y flamean, ondulan en el espacio, hechas llamas por ti, probablemente movidas por tu viento sutil que les arranca sus sones. Pero no lo sabemos.

Poeta, sácanos de tu mundo. Clausura tu cristal transparente. Abate sus paredes tan justas. Vuélvenos al sueño —a la vida— después de este despertar tan alerta en que nos has tenido sumidos.

Melca Pérez
Departamento de Prensa
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

CITAS PRENSA

«La suya fue siempre una lírica amplia, volcada en versos dilatados, insaciables, sin descanso. Era el verbo arracimado».
Fernando García de Cortázar, *ABC*

«Por su obra poética creativa que, enraizada en la tradición de la lírica española y en las modernas corrientes, ilumina la condición del hombre en el cosmos y en la necesidad de, la hora presente».
Veredicto del jurado al dar el Premio Nobel a Aleixandre el año 1977

«Su verso no se parece a nada».
Luis Cernuda

EL AUTOR

Vicente Aleixandre (1898-1984) nació en Sevilla y vivió casi toda su vida en Madrid. Miembro de la generación del 27, amigo de Lorca, Neruda o Jorge Guillén, tras la guerra civil decidió quedarse en España, donde se convirtió en el mentor de toda la poesía española contemporánea, desde la generación del 50 hasta los novísimos.

Melca Pérez
Departamento de Prensa
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com